

Recientemente emprendí un viaje a Sitges, una diminuta ciudad a orillas del mar Mediterráneo. Me quedé anonadada ante <sup>la</sup> arquitectura majestuosa y las playas paradisíacas de arena suave. Sin embargo, me impresionó muchísimo más que Sitges fuera una ciudad como-polita y que en sus calles reinara el espíritu de libertad y respeto ajeno para mi ciudad natal. Al comunicarme con los dueños de los chiringuitos, donde tapeaba, con los ancianos locales, me aseguré de que ~~■~~ todos nosotros éramos distintos, pero al mismo tiempo iguales en derechos y oportunidades, sin que importaran la condición social, la nacionalidad o las características físicas<sup>101</sup>.

Opino que viajando siempre se ha de apartarse de las rutas turísticas, de las que hacen correr ríos de tinta los guías, y procurar resolver los misterios

del carácter y la mentalidad extranjeros. La lucha de los sitgetanos contra la realidad social provocó la reverencia profunda en mi alma<sup>150</sup>. Conocer a la gente, su historia y cultura, significa apreciar el ser humano. Si no explorara Sitges, pasaría por alto esta idea digna<sup>174</sup>.

Goethe dijo que para conocer a la gente había que ir a su casa. Dio en el clavo con estas palabras, ya que sin viajar<sup>200</sup> no podríamos profundizar en lo popular y costumbrista de otras naciones, de ahí que las juzgáramos a base de los prejuicios absurdos. Incluso los moros expresaron un pensamiento muy peculiar acerca de lo crucial que eran los viajes. Decían: "aquel que no viaja no conoce el valor de los hombres"<sup>249</sup>.